

Sam Shepard

Rolling Thunder

Con Bob Dylan en la carretera

Fotografías inéditas de Ken Regan



ANAGRAMA
Colección Compactos

Índice

PORTADA
PREFACIO
PRÓLOGO
INTRODUCCIÓN
CALIFORNIA
SANTA FE
ENLACE CHICAGO
ESTACIÓN GRAND CENTRAL
LOU KEMP
RAVEN
EN MEDIO DE LA CIUDAD
RAMBLIN' JACK
VOLADO
UNA BANDA DE ASES
ALQUILER DE FURGONETAS ROJO
PLYMOUTH, MASSACHUSETTS
ROYCE
«KADDISH», EN EL CIRCUITO DEL MAHJONG
EL CIELO DEL ROCK & ROLL
FALMOUTH, MASSACHUSETTS
EN LA ROCA
«DEJA TU MONTAÑA»
ESCENA PARA LA ROCA DE PLYMOUTH
MUSEO DE CERA
COMERCIO EN TRIÁNGULO
PALABRAS DE UNA CHICA QUE ESTÁ EN MEDIO DEL FRÍO GÉ-
LIDO DELANTE DEL EDIFICIO DE LADRILLO ROJO DEL AY
REFERENCIAS DE PERSONAJES
NUEVA INGLATERRA EN GENERAL
NUEVA INGLATERRA EN GE-
NERAL
CAFÉ A LAS AFUERAS DE FALMOUTH, MASSACHUSETTS
ESCENA DEL ALQUIMISTA
GRAN IMPULSO PARA LA SOLICITUD DE UN NUEVO JUICIO A
HURACÁN CARTER
CHARLA DE POETAS
SENTIDO DE LA MEDIDA
LA PRIMERA SUPERESTRELLA
ROGER MCGUINN
GRANDES APUESTAS

MAMA Y SU SALÓN DE LOS SUEÑOS
SI SE RESUELVE UN MISTERIO
DURHAM, NEW HAMPSHIRE
¿DÓNDE VIVE UN HÉROE?
CONRAD
PÚBLICO
HOSTAL DE LA HOSPITALIDAD
CONJUNTIVITIS
DAVID BLUE
ESCENAS POTENCIALES PARA UNA PELÍCULA
FANS
EN EL CAMINO DE LOWELL
CANTANDO SOBRE LA TUMBA
LAS MANOS DE DYLAN
ESTACIONES
LOWELL, MASSACHUSETTS
EL INVENTOR
GOAT'S ISLAND, NEWPORT, RHODE ISLAND
TEMOR DE PEREGRINO
LISTA DE VESTUARIO
PROVIDENCE, RHODE ISLAND
CRIPTA DE HOTEL
BAILE DE MANOS EN EL PEDAL STEEL
DANBURY, CONNECTICUT
LIFTING EN LA CALLE CUARENTA Y DOS
EXPLORAR
EL FAMOSO TRUCO DEL TELÓN
CARNE CRUDA
CATARATAS DEL NIÁGARA
EL ASESINATO DE PASOLINI EN EL PERIÓDICO
JONI MITCHELL
SETECIENTOS KILÓMETROS DE AUTOBÚS
NOTAS DE AUTOBÚS
STOCKBRIDGE, MASSACHUSETTS
BURLINGTON, VERMONT
EL SUEÑO DE UN CHAVAL DE VERMONT QUE NO CONSIGUIÓ
ENTRADA
E. A. POE
BURROUGHS
EN LA ZONA DE COMBATE
GITANO
BLUES DE CONNECTICUT

ACTON, MASSACHUSETTS
DANBURY, CONNECTICUT
CAOS EN EL MUSEO DE ARMAS
NOTAS DE ISIS
SLOMAN EN EL VESTÍBULO
TRAS EL RASTRO DE LA LAVANDERÍA
BANGOR, MAINE
YORK HARBOR, MAINE
CORRIENTE DE RESACA
UN GRANADA BAJO LA LLUVIA
WATERVILLE, MAINE
DUNKIN' DONUTS ROSA
LA ÚLTIMA ALDEA SHAKER
MONÓLOGO DE DYLAN
ACCIÓN DE GRACIAS
LA NOCHE DEL HURACÁN
EN LAS TRIPAS DEL GARDEN
«RUBIN CARTER LIBRE BAJO FIANZA»
«GEOGRAFÍA DE UN SOÑADOR DE CABALLOS»
COLOFÓN
CRÉDITOS

Este libro está dedicado a la «Segunda Unidad» del equipo de rodaje de la Rolling Thunder Revue: Dave Myers, Larry Johnson, Tom Stearn y George Stephanson; y a Rudy Wurlitzer, que me ayudó en el primer esfuerzo de esta movida.

PREFACIO

bastante más allá
no hay conexiones
mirar atrás
dejar palabras
caminos madereros
Ramblin' Jack
no hay tiempo para eso
y entonces ese joven Trovador
aparece
desaparece
aparece de nuevo
perdiendo el rastro
nunca lo he visto cara a cara
nunca lo he visto en carne y hueso
se ha ido y entonces
a qué hora era eso
seis ocho
cuatro cuatro
hasta el cielo
condenado
mediados de los setenta
antes
Kerouac muerto
Phil Ochs salvaje
indios de cera
la Bruja del Violín
máscara de Nixon
Dr. Sax
qué pasó con
qué se hizo de toda aquella mezcla
y patada en el culo de Howie pateando tambor
Mansfield Stoner Rix
Huracán Kaddish
T-Bone
alucinante
volcando las mesas
vueltas de California

y el dulce viejo Al
deja tu montaña
deja tu trueno
resuena la lluvia
retumba el trueno
nunca lo he visto al sol
nunca lo he visto en un relámpago
se ha ido
y entonces de nuevo
aparece
otra vez
deben de haber sido
Isis y Osiris tal vez
mirando atrás
una mirada alrededor pero
no hay conexiones
debe de haber sido
perdiendo el rastro
no hay tiempo para eso
pero dónde anda ahora tanta carretera
tanto Vietnam
y muerte de Panteras
asesinato terrorista
los Weathermen
el Dios Napalm
Billy Graham
la misma mierda republicana de siempre
de Dios y Guerra
y rigidez moral
la misma canción de siempre
el mismo baile de siempre
y entre toda esa muerte
entre todo ese desorden y ese horror
sangre tripas y la Bandera
de Barras y Estrellas
ese joven Trovador
aparece allí luminoso
reluciente como los diamantes
reluciente como el oro
y auténtico y auténtico
y auténtico
se desliza por los

suelos de roble de graneros acabados
las reinas de Dairy Queen
se mecen en el Greyhound
justo por los montes Pocono
y Bangor Maine
pícara sonrisa y tímida
oculta la mejilla huesuda
tras la enorme caja negra de la Gibson
y aúlla justo
por los pasillos machacados
de la América rota
todavía está en ello
Todavía
Dios bendiga su inmenso inmenso corazón

SAM SHEPARD
28 de abril de 2004

PRÓLOGO

Por supuesto que andaba enloquecido. Desde que salí del instituto de secundaria Paschal de Fort Worth, Texas, hace diez años, iba dando tumbos por estudios de primera y locales de última de la Norteamérica bohemia, haciéndome sopas de tomate con ketchup y durmiendo en cuartos de amigos, así que llevaba muy buen camino para llegar a ser un perfecto inútil crónico de primera cuando Bob Neuwirth me llamó para que fuera a tocar con él en *The Other End del Village*. Acabamos compartiendo escenario con Bob Dylan, Joni Mitchell, Ramblin' Jack Elliot, Allen Ginsberg, Ringo Starr, Muhammad Alí, Caroline Kennedy –que era la ayudante del fotógrafo Ken Regan–, y podría seguir más tiempo con esta lista, pero permítanme decir sólo que aquello fue una experiencia de aprendizaje total. Nos divertíamos más de lo que permite la ley. Mucho más. Había escritores con talento por todas partes. Era un autobús repleto de músicos y cantantes y pintores lanzado a toda marcha a altas horas de la noche, alimentados con petas de colombiana y otras cosas, haciendo una película, escribiendo canciones y tocando –las noches en que encontrábamos la combinación justa– una de las piezas de rock & roll más incendiarias, intensas e inspiradas de antes o de después. Como prueba, vean por favor la versión de «Iris» en el DVD de la Rolling Thunder Revue *Bootleg Series*. Comprueben cómo lee Dylan «If you want me to, yes» [«Si me quieres así, sí»]. A mí aquello me bastó. Ese «sí» lo encerraba todo. La alegría, la sorpresa, la rabia, la lujuria, el gozo, el asombro, la cuasilocura de toda la gira. Tocábamos sobre todo las canciones de los dos grandes álbums de Dylan de entonces, *Desire* y *Blood on the Tracks*. Dylan estaba en un estado alterado. En las funciones tocaba con un micrófono sólo para la voz y la guitarra acústica, como Johnny Cash en los días de la Sun, levantando la guitarra hacia el micro para darle más intensidad, cantando una versión de «Sarah» absolutamente emocionante. Cogía la armónica y sonaban un par de notas y el público se derretía. Luego cogía la Stratocaster y hacía sonar la historia de cualquiera de aquellos preciosos viejos teatros de Nueva Inglaterra en los que actuábamos uniéndola con una de las muchas canciones clásicas que todos veníamos escuchando los últimos años. Y la iba destrozando.

Recuerdo que justo antes de la reunión para ensayar, que Sam re-

lata en el capítulo titulado «La primera superestrella» (la primera superestrella de verdad fue, como sé ahora y ya sabía entonces, Louis Armstrong), Bob estaba sentado en una silla leyendo un ejemplar de *Time Magazine* que en la portada vaticinaba «El próximo Bob Dylan». Pregunté a Bob cómo sentaba eso, tener todos esos «próximos Bob Dylan» por ahí. Me dijo «cualquier cosita es una ayuda». (Al final, por supuesto, aquel cantante resultaría ser algo más que «El próximo Algo», acabó siendo «El auténtico Bruce Springsteen».) Pero *Time* consideraba a Dylan lo bastante importante como para poner en portada a quien les parecía que iba a ser su sustituto. Y esto sucedía en un tiempo en el que *Time* era la revista nacional, antes de *Self* o cualquiera que sea hoy día la revista nacional, sé que sigue habiendo algo así. No hay un modo de alabar adecuadamente ni con precisión a Bob Dylan. Es el Homero de nuestro tiempo. El próximo Bob Dylan no aparecerá hasta dentro de uno o dos milenios más, lo que hace altamente improbable que llegue a suceder nunca.

Aquél era un Dylan de una generosidad total. Había ofrecido su escenario a viejos amigos, nuevos conocidos y, en algunos casos, completos extraños. Al pasar por algunos pueblos, si Neuwirth oía a algún grupo de Bluegrass francés cantando en una esquina, les invitaba a que por la noche subieran y tocaran una canción.

Algunos estaban allí para cantar, otros para inventar nuevos recursos, otros para recitar poesías a ratos perdidos, otros para asegurarse de que teníamos ropa suficiente, otros para pintar cuadros de sitios en los que hasta entonces nadie había pensado pintar. Había un chico para garantizar que los paraguas especiales estaban todos en buen estado y unos cuantos más que nunca descubrimos por qué estaban allí, pero todo el mundo estaba para encontrar algo.

Yo creía que Sam estaba para escribir una película. Una de las cosas que descubrí fue que lo que hacía era escribir este libro. Si lo hubiera sabido me habría mostrado un poco más cauteloso en nuestras conversaciones. De todos modos, le estoy profundamente agradecido por haber hecho la crónica de aquella temporada extraordinaria. Ninguno de nosotros volvió a ser completamente el mismo.

T-BONE BURNETT
Los Ángeles, California

DEJÉ LA CARRETERA
Y VEÍA DOBLE
PERO SEGURO QUE FUE
UN VIAJE FENOMENAL.

B. D.

INTRODUCCIÓN

Este libro no ha adoptado una forma tan fragmentada en beneficio del «arte» y la experimentación, sino más bien porque esa forma es el resultado directo de una memoria fracturada. Inicialmente, me contrataron como escritor para trabajar en una película que proyectaban de la Rolling Thunder Revue, pero ese papel quedó rápidamente disuelto en el fondo y fue sustituido por una situación mucho más valiosa. Me encontré metido en medio de toda aquella gente en marcha colaborando en un torbellino de imágenes e ideas cambiantes. Todos nosotros trabajábamos juntos con un mismo objetivo: tratar de vivir en movimiento constante durante una gira de seis semanas viajando por carretera, haciendo música, filmando esa música en el entorno de una historia norteamericana fracturada por las pequeñas ciudades de Nueva Inglaterra en pleno invierno. Cualquier razón que estuviese detrás de esta razón no parece importar. Lo único que importa es que sucedió. El propósito de este libro no es mostrar una laboriosa relación pormenorizada de la secuencia de los acontecimientos, ni fisgonear las vidas privadas de las estrellas sino transmitir a los lectores el sabor de toda la experiencia. Si lo consigo, el libro está vivo.





CALIFORNIA

Johnny Dark va al volante. El Chevy Nova blanco está atravesando San Anselmo, un pueblo de California pijo e indolente. Salones recreativos para quinceañeros, artículos deportivos. Gasolineras Arco. Llevamos la trasera del coche arrastrando por el peso de los rollos de empapelar y clavos galvanizados.

–Es difícil ver a Dylan volviendo a ser lo que fue en los sesenta –suelta Johnny como saliendo de la nada–. Quiero decir, supongo que no está en las cartas ni nada de eso. Supongo que se pasó su momento.

Voy soñando despierto en el alquiler por tres años de un rancho de caballos de ocho hectáreas en el que acabamos de embarcarnos y pensando en todo el trabajo que nos queda por hacer hasta que podamos meternos allí. Nos queda menos de una semana para hacerlo todo y la idea de Dylan me parece un fantasma lejano. Hay un largo camino de regreso a mediados de los sesenta y a bailar desnudo «How Does It Feel?» en la alcoba de una mujer mayor que yo.

–Quiero decir, todavía escribe algunas canciones buenas, pero ya no es como entonces. La primera vez que vi «Everybody Must Get Stoned» en una máquina de discos no me lo podía creer. Quiero decir que estaba allí, en la máquina de discos, allí delante de todo el mundo: «Todo el mundo debería colocarse.» Allí mismo, en un restaurante de la calle Christopher. No me podía creer que se pudiera poner esa clase de música en público mientras te comías una hamburguesa con queso.

Johnny sigue cambiando de marchas y hablándole al parabrisas. Yo me siento invadido por una mezcla del pasado y de toda esta nueva vida que me viene ahora. Reparar tejados, instalar estufas de leña, vallas, corrales para los potros, prepararse para las lluvias.

Dejamos la autopista por la salida de Paradise Drive, pasados Big 4 Rents, Denny's, North Bay Lumber Company. Johnny sigue enrollándose sobre las expectativas de vida de una estrella y cómo «incluso los acontecimientos tienen nacimiento, vida y muerte». Nos detenemos en los suburbios. Alojamientos temporales. Una zona cuyo aspecto parecía resultado de una batalla reciente entre bandas enemigas de arquitectos paisajistas, que no tiene nada que ver con la disposición original del territorio. Dentro, sobre una mesa de pino, hay una nota en un papel verde: «Llamó Dylan. Volverá a lla-